
LA TEORIA CRITICA Y EL PROBLEMA DEL METODO EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Jordi de Cambra Bassols

El presente artículo supone una exposición de las objeciones epistemológicas fundamentales planteadas al positivismo por la teoría crítica de la sociedad. Puede haber quien arguya que, en la época del postpopperianismo, tal crítica haya perdido en cierta medida su objeto. Bien por el contrario, soy de la opinión de que quizá hoy más que nunca sea necesario revitalizar una polémica que no ha sido en absoluto zanjada. Por otra parte, la práctica sociológica generalizada, con su empirismo más o menos refinado, sigue manteniéndose al margen de discusiones teóricas, epistemológicas o metodológicas, lo que, sin duda, va en beneficio de la instrumentalización de la disciplina y en detrimento de la búsqueda de su sentido. El interés por desinstrumentalizar la sociología con la reconsideración de problemas teóricos tan a menudo obviados, se encuentra, desde luego, en relación con la no menos urgente necesidad de desarrollar investigaciones sociales bajo la guía de una teoría que, si olvida acercarse al material, deja de ser crítica de la sociedad para degenerar en hueco idealismo.

Los planteamientos científico-positivistas vienen caracterizados por la búsqueda de la objetividad científica: la ciencia libre de prejuicios y valoraciones. El camino elegido para la consecución de este fin es el de la emulación de los métodos de las ciencias de la naturaleza. El desarrollo de estos procedimientos y la consecuente exactitud rigurosa de que hacen gala se convierten en la piedra filosofal que ha de deslumbrar a los científicos sociales que pretenden desprenderse de todo prejuicio y valoración subjetiva. Ya Comte fijó esta exigencia como requisito indispensable

para el alumbramiento de esa «ciencia» de la que él fue digno fundador: la sociología.

Pues bien, nos encontramos aquí con el primer error: el de tomar el método de las ciencias de la naturaleza. Y el error estriba precisamente en que la relación entre el investigador y lo investigado es radicalmente distante en dichas ciencias y en las sociales. Mientras las primeras se enfrentan con el objeto como algo que está ahí, que está dado, que es ajeno al sujeto, en el saber social el sujeto es también objeto, el investigador forma parte de lo investigado.

Negar esta relación dialéctica entre sujeto y objeto a través de una pretendida autonomía ontológica del pensamiento como fórmula de verdad es olvidar el carácter de la propia realidad y, por lo tanto, una de las formas de la falsa conciencia. Además, de no existir efectivamente alguna relación entre sujeto y objeto, no cabría siquiera plantear el problema de la objetividad del pensamiento; es decir, que aquel planteamiento que, partiendo de la separación gnoseológica entre sujeto y objeto, aborda el problema de la objetividad del pensamiento, cae en una flagrante contradicción. En este sentido, «ninguna objetividad del pensamiento en cuanto acto sería en general posible si él no estuviera ligado de algún modo, por su propia estructura, a lo que no es en sí mismo el pensar: justamente en esto, en lo que no es él, sería preciso buscar qué habría que interpretar por pensar»¹.

Evidentemente, esta diferencia esencial entre las ciencias naturales y la ciencia social ha de tener consecuencias no sólo sobre el propio concepto de ciencia en lo social, sino también sobre el método del que dicha ciencia tenga que servirse. Realidades distintas no pueden ser conocidas con conceptos iguales ni a través de la utilización de un método único. La ciencia social ha de contar con el carácter contradictorio de la realidad social que inevitablemente configura su propio concepto de ciencia y, consecuentemente, el método de acercamiento a la realidad.

La ciencia social ha de mostrar la realidad como antagónica y contradictoria, negando el punto de partida de la armonía social. El concepto de verdad exige tensión entre pensamiento y realidad. En una sociedad que no está libre de contradicciones sólo se puede llamar verdadero al pensamiento que niega la injusticia. La ciencia en lo social ha de ser algo más que mera duplicación «descriptiva» de la realidad, pues ha de representar una capacidad de discernimiento entre la verdad y la falsedad de la realidad social. El método dialéctico no es más que la expresión de las contradicciones reales; la estructura del método ha de responder a la estructura de la realidad, pues la verdad del pensamiento está en función de su relación con la realidad histórica, no pudiendo quedar reducida al método de una lógica formal pura y atemporal.

Por otra parte, la consecuencia de la estricta separación entre el investigador y la realidad social es una definición *a priori* del objeto social. Lo cual, paradójicamente, convierte en subjetivo el acercamiento a la realidad: el procedimiento para convertir a las ciencias sociales en ciencias objetivas es puramente subjetivo y, así, la objetividad ha pasado a ser subjetividad. Efectivamente, los enunciados analíticos son la manifestación de esa separación de sujeto y objeto, son una mera operación del pensamiento, razonamientos puramente formales que no proceden de la

¹ T. W. ADORNO, *Consignas*, Buenos Aires: Amorrortu, 1973, pág. 11.

experiencia. Y, con la objetivación de la sociedad, la conciencia de las ciencias sociales se cosifica, en razón de la sustitución de la sociedad como sujeto por la sociedad como objeto.

De esta manera, pues, la objetividad del positivismo cae en el subjetivismo. La objetividad es considerada como método, lo cual conlleva la reducción a una razón instrumental en la que el sujeto es árbitro de todo control científico. Por otra parte, la objetividad del método, al prescindir del objeto, olvida la objetividad social. El método queda fetichizado, fetichizando el contenido de la realidad social; el método decide lo que es el objeto y, en lugar de depender de éste, lo hace de un ideal metodológico abstracto. Y más aún: en muchos casos, el propio objeto de la investigación se subordina a las técnicas disponibles. Las tornas quedan invertidas. Este es aquel proceso por el cual, según palabras de Hannah Arendt, la «ciencia moderna cumple su 'tarea de producir' los fenómenos y objetos que desea observar». Y esto como consecuencia, según la misma autora, del traslado cartesiano del punto de Arquímedes al interior del propio hombre, eligiendo «como último punto de referencia el modelo de la mente humana, la cual manifiesta la realidad y certeza en un entramado de fórmulas matemáticas que son sus propios productos»².

Pero, evidentemente, ese método formal no puede escapar a las determinaciones del objeto: la objetividad social determina su propia estructura. Las exigencias de racionalización y planificación como exigencias de autoconservación del sistema económico, a través de la mediación ejercida por la totalidad social, son transmitidas a ese ideal metodológico. La verdad queda reducida a herramienta útil para el control de la naturaleza. Recíprocamente, este método acaba por presentarse como justificador de la totalidad social y, en consecuencia, de aquella clase que, en tanto clase dominante, impone sus intereses a la totalidad. A través del análisis de la relación entre el método y la objetividad social, queda patente el doble carácter de toda ideología: *falsa* conciencia (por el olvido de la objetividad social) de una parte y conciencia *necesaria* (por la determinación de la objetividad social) de otra.

En el sentido en que venimos hablando, la existencia o no de prejuicios en las elaboraciones científicas no hay que hacerla depender de un ideal metodológico abstracto, ya que se decide en el concepto del conocimiento y de la realidad. Me estoy refiriendo aquí a aquella objetividad que, en terminología frankfurtiana, consiste en medir la cosa según su propio concepto. De acuerdo con Marx, «el problema de si puede atribuirse al pensamiento humano una verdad objetiva no es un problema teórico sino un problema *práctico* (...). La disputa en torno a la realidad o irrealidad del pensamiento —aislado de la práctica— es un problema puramente *escolástico*»³. Además, la verdad no se consigue con la exclusión del sujeto: «el sujeto no es (...) un añadido que se pueda restar a la objetividad. La eliminación de un elemento que le es esencial falsea ésta, no la purifica (...). Tan lejos está el objeto de ser un residuo desprovisto de sujeto como de ser algo puesto por el

² H. ARENDT, *La Condición Humana*, Barcelona: Seix Barral, 1974, pág. 372.

³ K. MARX, "XI Tesis sobre Feuerbach", en *La Ideología Alemana*, Barcelona: Grijalbo, 1976, pág. 666. Véase, asimismo, la Tesis VIII.

sujeto»⁴. Una ciencia que se cree libre de valores está tan lejos de la realidad como la que se fundamenta en valores arbitrariamente establecidos. No hay que caer en la antinomia de esta alternativa, sino mostrar constantemente la tensión dialéctica entre sujeto y objeto, conocimiento y realidad.

Aquí surge inmediatamente el problema de la pretendida neutralidad del método. A esta asepsia metodológica subyace la idea de que los resultados de las investigaciones científicas pueden ser utilizados por representantes de intereses distintos e incluso contrapuestos. Semejante afirmación, no sólo se ampara en la separación de ciencia y realidad social, sino que se contrapone a la misma idea de verdad: ¿Qué verdad puede ser esgrimida en la defensa de intereses contrapuestos? Esa pretendida carencia de prejuicios por la que se aboga no es más que amputación del pensamiento que, al desembarazarse del concepto de verdad, no puede pasar del establecimiento de sistemas clasificatorios. Y con ello ocurre lo mismo que con el apoliticismo: sus resultados sociales son fuertemente políticos. Además, ¿qué ciencia es esa que, en aras de la neutralidad, no puede verificar que la libertad sea preferible a la opresión? Evidentemente, una ciencia que favorece la reproducción de lo que es, una ciencia que está al servicio del *status quo*, en la medida en que no puede tener argumentos en su contra. Con esto se desvela su carácter adaptativo y, por tanto, ideológico. Apreciamos aquí cómo la tajante separación entre ciencia y juicios de valor se revuelve, en sus consecuencias, contra el pretendido objetivo de la neutralidad ética.

Esa ciencia, al hipervalorar el método, ensalza los medios sobre los fines. Esta instrumentalización le ha hecho olvidar el conocimiento de los motivos sociales que la impulsan y el propio sentido de su quehacer. La razón moderna, así formalizada, no puede confirmar conceptos como los de igualdad, justicia, libertad... Conceptos que antes estaban íntimamente ligados a la razón como expresión de fines; incluso en el racionalismo cartesiano el método todavía estaba subordinado a la finalidad de distinguir lo verdadero de lo falso. De esta forma, la razón no sólo ha perdido su cometido esencial, sino que, al perder su fuerza, ha quedado a merced de cualesquiera manejos ideológicos.

Se hace casi necesario recordar en este punto lo que Hannah Arendt ha señalado como victoria del *homo faber*, en cuanto fabricante de útiles y depositario de la razón instrumental. Desarrollando su planteamiento y aplicándolo al problema que ahora nos ocupa, podríamos dedicar al «investigador social empírico»⁵ el apodo

⁴ T. W. ADORNO, *op. cit.*, pág. 152.

⁵ Utilizo aquí estos términos en el mismo sentido en que lo hace T. W. ADORNO en *La Disputa del Positivismo en la Sociología Alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1972. Quiero recalcar que Adorno, con su crítica a la "investigación social empírica", no elimina toda posibilidad de investigación social. El mismo afirma que "disciplinas como la teoría de la sociedad (...) y la investigación social en sentido estricto (...) (no deben) ser mantenidas en su estéril separación" (pág. 92. Véase, también, por ejemplo, pág. 82). En la investigación social guiada por la teoría crítica los métodos empíricos serán utilizados racionalmente en la medida en que se tenga presente que los "datos" no tienen valor descriptivo autónomo, que "los supuestos datos elementales son algo más que mero material nudo para la elaboración conceptual"; en *Prismas*, Barcelona: Ariel, 1962, pág. 38. En este punto, por tanto, discrepo de la interpretación que sostiene José JIMÉNEZ BLANCO en sus comentarios sobre la polémica protagonizada por ADORNO y POPPER. Cf. "Sobre la Disputa del Positivismo en la Sociología Alemana (I)", en *Revista Española de la*

de *homo faber*, fabricante de métodos y técnicas. Parafrasear la caracterización que del *homo faber* nos ofrece Arendt puede ser un comienzo ilustrativo. De esta forma, el «investigador social empírico» presenta las siguientes actitudes: instrumentalización del mundo, confianza en las técnicas de investigación y en la productividad de su utilización para la corroboración de modelos teóricos artificiales, confianza en la categoría medios-fin como expresión de su razonar instrumental, convicción de que cualquier problema puede —o podrá— ser resuelto con el «progreso» de la ciencia del que es partícipe y de que toda motivación humana puede reducirse al principio de utilidad, convencimiento de su soberanía sobre la naturaleza, identificación de inteligencia con ingenio y, en fin, identificación de la puesta en marcha de las técnicas de investigación con la creación científica⁶.

El proceso de producción científica viene determinado con la categoría medios-fin. El resultado de la investigación es un producto final en el doble sentido de que el proceso de producción sólo es un medio para este fin y de que, una vez alcanzado éste, el proceso se da por concluido. Pero, además, el modelo instrumental se aplica al producto mismo, a aquello que ha alcanzado el rango de teoría científica. Aunque es un fin con respecto a las técnicas de investigación con que ha sido producido y es el fin del proceso de producción científica —del *quehacer* científico— nunca se convierte en fin en sí mismo. «La dificultad del modelo utilitario inherente a la misma actividad de la fabricación radica en que la relación entre medios y fin con que cuenta se parece grandemente a una cadena cuyos fines pueden servir de nuevo como medios para otra cosa»⁷.

La ciencia, así, pierde su sentido al quedar reducida a simple técnica, con lo que sirve al fin de la justificación de quienes la utilizan para unos fines ante los que la ciencia se detiene. Esta perplejidad por la que los fines se transforman en medios para posteriores fines es inherente al utilitarismo del *homo faber*. Esta transformación cristaliza en la pérdida de significado de la propia ciencia, en la cual no puede encontrarse ya más que mera utilidad instrumental. De esta forma, la diferencia entre utilidad y significado queda reducida a la nada.

De la misma manera que el *homo faber* emplea los útiles e instrumentos para construir un mundo, el «investigador social empírico» utiliza las técnicas a su disposición para construir sus modelos teóricos. Pero el problema reside en que, en el *quehacer* científico instrumentalizado, son las propias técnicas de investigación disponibles las que en muchos casos determinan el contenido de la elaboración científica. Y todo ello como consecuencia del fin perseguido: la objetividad de la ciencia. Esa objetividad que pretende encontrarse a través de la utilización de los procedimientos de las más veteranas ciencias naturales. El maquiavélico principio del fin que justifica los medios aparece aquí con todo su esplendor y a pesar de todas las consecuencias. Aunque entre ellas figure la nada despreciable de la violencia ejercida por el método sobre la realidad. El principio de utilidad juega con respecto al fin de la pretendida objetividad, objetivando la realidad social y

Opinión Pública, núm. 36, abril-junio de 1974. A este respecto, apunto en la misma línea en que Miguel BELTRÁN lo hace en *Ciencia y Sociología*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979, pág. 160.

⁶ Cf. H. ARENDT, *op. cit.*, págs. 398-399.

⁷ *Ibid.*, pág. 205.

prescindiendo de la sociedad como sujeto. En último término, la realidad social es descrita «mediante un instrumento de investigación que decide, en virtud de su propia formulación, lo que es el objeto mismo»⁸.

En otro sentido, el método y las técnicas característicos de la ciencia positivista son consecuencia de una nueva concepción del mundo en la que acción y contemplación invierten sus lugares: «la verdad y el conocimiento (...) sólo se pueden alcanzar mediante la 'acción' y no por la contemplación (...). Para estar en lo cierto hay que *cerciorarse*, y para conocer hay que *hacer*»⁹. Así las cosas, no es de extrañar que proliferen y se desarrollen métodos y técnicas que comporten un *hacer*¹⁰, tales como todos los relacionados con la experimentación y la contrastación empírica de las hipótesis. Por otra parte, en este proceso la teoría queda reducida a simple hipótesis, perdiendo, así, su momento de autonomía. El pensamiento degenera en razón instrumental y la teoría se vacía de significado. La preocupación acerca del *qué* y el *porqué* deja lugar al razonamiento sobre el *cómo*.

Aún de más gravedad es el problema derivado de que ese *hacer* que caracteriza a los procedimientos de investigación es *producción* de la realidad. De ahí precisamente la violencia ejercida sobre el objeto social a la que nos referíamos más arriba. Esa ciencia instrumental con un proceso de producción previamente planificado y que, por ello, determina y configura el resultado de la investigación, incluso llega a excluir de su laboratorio el propio hecho, con su espontaneidad y arbitraria aparición. He aquí otra consecuencia de la transformación de la teoría en hipótesis.

La sustitución del *qué* por el *cómo* provoca la prescindencia del objeto, del hecho y, por otra parte, los objetos de la ciencia pasan a ser considerados como *proceso*. Así, el proceso de producción científica no sólo precede a la existencia de todo objeto, sino que es considerado más importante que el producto final —los resultados científicos—. La esencia de la razón como establecedora de fines, guía para la acción y criterio de juicio, ha quedado diluida. La irracionalidad de la razón instrumental queda patente en la afirmación frankfurtiana según la cual «la razón se ha convertido en una 'finalidad sin fin', que, precisamente por ello, se puede utilizar para cualquier fin»¹¹.

Con la objetividad científica, y como inherente a ella, pretende alcanzarse también un lenguaje común que cimente la intersubjetividad en el quehacer científico¹². Precisamente, el conocimiento científico, para ser tal, no sólo ha de ser susceptible de formulación lingüística sino que también debe poder ser sometido a control intersubjetivo. *A contrario*, serán no-científicos aquellos problemas a los cuales no puedan ser aplicadas soluciones discursivas y susceptibles de control público. Fundamentalmente, el control público del quehacer científico vendrá dado

⁸ T. W. ADORNO y otros: *La Disputa del Positivismo...*, cit., pág. 86.

⁹ H. ARENDT, *op. cit.*, pág. 379. No entro aquí en el problema del carácter activo de la contemplación.

¹⁰ Quiero subrayar la distinción entre hacer y actuar, *poiesis* y *praxis*. La acción ha quedado reducida a fabricación.

¹¹ M. HORKHEIMER y T. W. ADORNO, *Dialéctica del Iluminismo*, Buenos Aires: Sur, 1971, pág. 111.

¹² Cf. K. POPPER, *La Sociedad Abierta y sus Enemigos*, Buenos Aires: Paidós, 1967, pág. 302.

por un método que incorpore la característica de la validez intersubjetiva. Método que, al ser hipostasiado, da lugar a que el valor de cambio de la ciencia venga a sustituir a su valor de uso. Los resultados científicos han de tener asignado un patrón de medida que les permita aparecer en el mercado científico y en la sociedad: algo así como un certificado de garantía de los controles de calidad de su proceso productivo. Ese patrón se va a centrar en el valor de cambio que incorporan —como fines transformados en medios— los resultados científicos.

Y esto como consecuencia de que el producto del trabajo científico —los resultados, la teoría científica— reviste la *forma de mercancía*¹³, en razón de su automática conversión en medio para otra cosa. La ciencia queda así objetivada, siéndole aplicado el valor que le confiere el carácter intersubjetivo del método utilizado. Consecuentemente, las relaciones sociales —implicadas en la función social de la ciencia— quedan encubiertas bajo la forma de una relación social entre los propios productos del trabajo científico, que, de esta manera, son presentados como asépticos e igualmente válidos para todos los miembros de la sociedad. De acuerdo con lo anterior, el fetichismo —como apariencia *material* de las condiciones *sociales* del proceso de producción científica— es inseparable del modo de producción científica que aquí criticamos. El carácter fetichista de las teorías científicas positivistas responde al carácter peculiar del *homo faber* como fabricante de útiles. El *homo faber* produce objetos de cambio, no cosas de uso; la ciencia es una relación de producción más.

Profundizando en el análisis, en esa cadena en que los fines se convierten en medios no se puede justificar la propia categoría medios-fin ni, por lo tanto, el principio de utilidad. La única posibilidad de cortar la cadena, es decir, de evitar que todos los fines se utilicen como medios, radica en declarar que algo es un «medio en sí mismo». En una ciencia instrumentalizada, donde todo ha de tener su utilidad instrumental, el resultado científico —el producto final—, una vez alcanzado, deja de ser un fin, perdiendo con ello su capacidad para sancionar la elección de medios. La utilidad instrumental se antepone al significado de la ciencia, el cual degenera en algo inaprehensible para el *homo faber* en cuanto sería un «fin en sí mismo», esto es, fin que no pasara a ser medio y, en consecuencia, algo inútil.

Como señala Arendt, «la única salida al dilema de la no-significación en toda filosofía estrictamente utilitaria es apartarse del mundo objetivo de las cosas de uso y recurrir a la subjetividad del propio uso»¹⁴. Pues sólo de esta manera la utilidad puede adquirir el rango de significación. A través de esta separación de sujeto y objeto, con primacía del primero, podemos observar el subjetivismo del que es víctima el modelo positivista y al que ya he hecho referencia más arriba. En contrapartida, el objeto queda degradado en medio y sometido a la satisfacción del fin utilitario del sujeto. Con este sometimiento del objeto al sujeto, el modelo positivista reproduce en la ciencia la tendencia totalizadora del sistema, fomentando con ello el desarrollo del autoritarismo. El científico reproduce la imagen del dictador de un mundo sometido a su instrumentalización. A la conversión de

¹³ Cf. K. MARX, *El Capital*, México: F.C.E., 1973, págs. 36-48.

¹⁴ H. ARENDT, *op. cit.*, pág. 207.

los fines en medios sigue el control totalizador sobre los mismos. Control conseguido al colocar a la realidad social bajo las condiciones establecidas por la mente del investigador.

Ya en Descartes encontramos esta faceta, común a los planteamientos positivistas que aquí están siendo criticados. La mente como punto de referencia de la realidad y exterior a ella está presente en la línea de salida del conocimiento cartesiano. Pero también el carácter *universal* de la duda cartesiana está presente en este punto: tanto por lo que se refiere a la monista concepción de la ciencia como ciencia *universal*, como en lo que atañe al sentido *común*, con el que se pretende dar a entender la existencia de una forma de razonar o estructura mental única, común a todos y para todos válida.

Lo común está, por tanto, en el sujeto y no en el objeto. Con esta falacia se pretende legitimar la dominación ejercida por el primero sobre el segundo. El sentido común no guarda ninguna relación con el objeto, es previo y está separado de él; en esta distancia está la base de la arbitrariedad con que el sujeto *produce* al objeto. Como consecuencia de este subjetivismo aparece la alienación del científico positivista respecto al mundo en que vive. El carácter *exterior* de la mente como punto de referencia implica por sí mismo el proceso de alienación. Por otra parte, la alienación parece mostrarse como la venganza de un objeto previamente reificado. El proceso de producción científica y la consecuente violencia ejercida sobre la realidad reifican la realidad adaptándola a unos modelos preestablecidos.

Desde luego es de suponer que llegados a este punto un positivista rechazaría la afirmación según la cual el «sentido común» —como punto de referencia del conocimiento— está determinado por el sujeto. Haría constar que se trata de un criterio de inteligibilidad basado en la verificabilidad y, por ello, aceptable por todos. Es decir, que el criterio de inteligibilidad no viene constituido por su propio sentimiento de comprensión sino por el «sentido común». Este es, como ha señalado Kolakowski, un criterio de inteligibilidad encubierto, a partir del que se llega a otro criterio de acuerdo con el cual es inteligible lo que puede ser traducido a los términos utilizados por las ciencias experimentales o las ciencias deductivas. Como ha subrayado Murillo, «con esta suerte de mentalidad no es difícil llegar a la conclusión de que todo aquello que no sea aprehensible con el tipo de saber naturalista es algo irracional que podemos dejar de lado»¹⁵. El problema radica en que «resulta difícil imaginar una violación más profunda del sano sentido común que la impuesta por la exigencia de determinar la simultaneidad en relación con un sistema dado de coordenadas»¹⁶.

Y aún cabe preguntarse: ¿cómo determinar lo que es ciencia y verdad si esa determinación presupone los métodos con los que se obtiene la verdad científica? E igualmente para la justificación del método por medio de la observación: ¿cómo justificar el propio principio de la observación? Al no verificar este principio, el planteamiento positivista falta a la *petitio principii*: se presupone lo que debe demostrarse. Como se puede apreciar, esto es lo más parecido al dogmatismo,

¹⁵ F. MURILLO, *La Crisis del Problema Teoría-Práctica en la Ciencia Política*, Anuario de Filosofía del Derecho, tomo II, 1954, pág. 103.

¹⁶ L. KOLAKOWSKI, *El Racionalismo como Ideología*, Barcelona: Ariel, 1970, pág. 29.

incluso desde una perspectiva estrictamente positivista. También aquí el fideísmo hace acto de presencia: mientras en el dogma la fe consiste en la aceptación «no razonable» de un conjunto de axiomas, en la «razón científica» la fe aparece como un modo de comportamiento obligatorio del pensamiento. Popper lleva incluso el problema a la elección entre dos tipos de fe, rechazando la alternativa entre el conocimiento y la fe. Se trata, pues, de la «fe en la razón», a partir de una decisión no fundamentada en la experiencia¹⁷. En consecuencia, el positivismo no es capaz de desprenderse de toda vinculación normativa. Sólo la reflexión crítica acerca del propio concepto de ciencia puede liberar a la razón de caer en un nuevo dogmatismo.

Por otra parte, la contratación empírica de las hipótesis implica su verificación a través de los *hechos*, que quedan reducidos a *datos*. Se parte de la validez indiscutible del carácter explicativo de los hechos, como si con cada *dato* se tratara de un *en sí* que puede ser captado sin estar mediado ni por el sujeto —el investigador— ni por la totalidad social de la que forma parte. Los hechos no son más que la superficie, la apariencia. Negando que haya algo que trascienda el epifenómeno, es decir, negando la esencia —de lo que los *hechos* no son más que la apariencia mediada—, el conocimiento se limita a ser repetición del *hecho*, a tautología. Aparece aquí de nuevo el carácter adaptativo del positivismo que lo convierte en ideología perpetuadora.

Pero, además, los *hechos* están mediados por la *totalidad*. De esta forma, no se trata de considerarlos como datos descriptivos autónomos, sino de percibir en ellos la totalidad de la realidad social. Al no hacerlo así, «el empirismo metodológico trabaja en dirección contraria a la experiencia»¹⁸, pues, al sustituir el concepto por la fórmula, la causa por la probabilidad, al reducir el objeto a variables, hace abstracción del propio objeto. El método prescinde del objeto y deviene abstracción subjetivista derivada de la lógica formal. La confirmación de la teoría por los hechos adquiere una naturaleza cualitativamente distinta al ser considerados los hechos como pertenecientes a la *praxis*, como el punto de contacto del sujeto individual con el objeto social. En este sentido, la teoría, negación determinada de lo inmediato, se refiere a una realidad que aún está por hacer.

A través de hallazgos empíricos no se puede llegar al conocimiento de la sociedad en su conjunto, aunque así lo vengán prometiendo los positivistas desde Comte. El pensar la sociedad como un todo dista mucho de consistir en la acumulación de un gran número de datos que se entrecruzan exteriormente. Como ha señalado Horkheimer, «los hechos son siempre de antemano momentos de una unidad conceptual»; y «en todo caso no existen hechos en sí, sino que lo que llamamos hechos está ya codeterminado por la apercepción (...) concreta del sujeto histórico»¹⁹.

Aquella aspiración que acompañó al nacimiento de la sociología positivista de conseguir la comprensión del todo social una vez desarrollado un número sufi-

¹⁷ Cf. K. POPPER, *El Desarrollo del Conocimiento Científico*, Buenos Aires: Paidós, 1967.

¹⁸ T. W. ADORNO, *La Disputa del Positivismo...*, cit., pág. 43.

¹⁹ T. W. ADORNO y M. HORKHEIMER, *Sociológica*, Madrid: Taurus, 1971, pág. 103.

ciente de investigaciones, aún no se ha cumplido. Cabe sospechar, pues, que la falta de intelección del todo se deriva más bien del tipo de conocimiento predominante en la ciencia social, cuya función cognoscitiva —en virtud de la división de las funciones propias de una sociedad basada en la división del trabajo— está restringida de tal manera por la especialización en actividades técnico-prácticas que la comprensión del todo social deviene imposible.

Por otra parte, la construcción de lo social a partir de los elementos que lo integran elimina las contradicciones objetivas, así como la naturaleza cualitativa de la realidad. Especialmente, quedan borrados los antagonismos sociales derivados de las desigualdades. De esta manera, se olvidan las relaciones de dominación existentes entre los hombres, así como el subyacente carácter abstracto del valor de cambio que las impulsa. En este sentido, según la crítica ejercida por Marx y continuada por Adorno, «el dominio de los hombres sobre los hombres se realiza en virtud de la reducción de los seres humanos a agentes y portadores del cambio de mercancías»²⁰.

Pero criticando la hipostatización de los *hechos*, no debemos incurrir en el error de hipostasiar la *totalidad*. El todo y la parte están sometidos a una relación dialéctica, «lo concreto es concreto porque es síntesis de muchas determinaciones, es decir, unidad de lo diverso. Por eso lo concreto aparece en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, y no como punto de partida, aunque sea el verdadero punto de partida y, por consiguiente, el punto de partida también de la percepción y de la representación»²¹.

La interpretación de la totalidad está más allá de su verificabilidad de acuerdo con lo fáctico, la cual es negada en virtud de la mediación que la totalidad ejerce sobre los hechos singulares²².

Sin embargo, la totalidad es también algo fáctico, ya que, precisamente por su carácter mediador, resulta inmanente a los hechos singulares. Con esto quiero decir que la distinción entre lo fáctico y la totalidad no emana de la realidad, sino que es consecuencia de una clasificación arbitraria llevada a cabo por una ciencia apoyada en una lógica pura, abstracta y atemporal.

Y, precisamente porque la interpretación de la totalidad está más allá de su verificabilidad de acuerdo con lo fáctico, la teoría no es una simple hipótesis que deba ser contrastada, pues tiene un momento de independencia. Encontramos aquí otra consecuencia negativa del trasvase de los conceptos de las ciencias naturales a las ciencias del hombre. Las leyes sociales no pueden subsumirse en el concepto de hipótesis: transformar las leyes sociales en hipótesis es «privarlas de ese momento de autonomía que les confiere su validez objetiva (...). A la legalidad objetiva de la sociedad pertenece su carácter contradictorio, así como su irracionalidad»²³.

²⁰ T. W. ADORNO, *La Disputa del Positivismo...*, cit., pág. 24.

²¹ K. MARX, *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, Madrid: Alberto Corazón, 1970, Prólogo, pág. 269.

²² J. HABERMAS ha contrapuesto el concepto de totalidad al de sistema en "Teoría Analítica de la Ciencia y Dialéctica", en *La Disputa del Positivismo...*, cit., págs. 147-181.

²³ T. W. ADORNO, *La Disputa del Positivismo...*, cit., pág. 54.

Por otra parte, no se puede confundir este rechazo de las hipótesis con la afirmación comteana según la cual el pensamiento positivo —a diferencia del teológico y el metafísico— no admite hipótesis, pues en vez de intentar conocer el *porqué* se limita a conocer el *cómo*; es decir, no las causas, sino las relaciones entre fenómenos, que pueden ser expresadas a través de «leyes». En nuestro planteamiento las hipótesis son rechazadas en razón del momento de autonomía de la teoría y no por su reducción a técnica descriptiva y a método. En cualquier caso, como es sabido, los positivistas posteriores han admitido las hipótesis en la medida en que se presenten como proposiciones condicionales en principio verificables.

Con la conversión de la teoría en mera hipótesis, aquélla quedó reducida a una comprobación práctica o, diríamos mejor, «poiética». Paralelamente, el concepto de verdad se redujo a ser un elemento instrumental que adquiriría el rango de verdad científica exclusivamente a través del éxito obtenido en la comprobación de la hipótesis. Con otras palabras, la verdad de la teoría devino veracidad de la hipótesis. Además, en el planteamiento positivista hay un punto de partida implícito por el que se reconoce el carácter armónico de la realidad. El desarrollo de las técnicas de investigación está consustancialmente ligado a la necesidad de confirmar unas hipótesis que justifiquen aquel punto de partida. De esta manera, como ha señalado Arendt, se está tratando con una realidad hipotética en un círculo vicioso en el que «los científicos formulan sus hipótesis para disponer sus experimentos y luego usan dichos experimentos para comprobar sus hipótesis»²⁴.

Nos encontramos, pues, de nuevo, con la carga subjetiva que afecta al científico positivista, en tanto en cuanto se ve encerrado y limitado en y por los modelos que él mismo creó. Esa ciencia que pretende sólo describir la realidad adaptándose a ella —o haciéndola adaptarse a sí misma—, olvida sistemáticamente todo momento que trascienda a la propia realidad. Con esto se hace inviable siquiera la posibilidad de la transformación de la realidad, la posibilidad misma de trascenderla. Al considerar que los procesos sociales están sometidos a leyes naturales invariables, se produce una desvinculación del problema de la determinación de una sociedad justa para limitarse a describir, a través de la comprobación empírica, esas pretendidas leyes sociales. El carácter adaptativo de tal inhibición está fuera de duda.

Efectivamente, la realidad social no es armónica ni se rige por «leyes inmutables», sino que es contradictoria. Obviamente esto no es presentado aquí como una hipótesis a verificar, sino que se expresa como *interpretación* de la objetividad social a través del momento de autonomía de la teoría —en el sentido de no dependencia de ningún tipo de verificación. Lo cual no quiere decir que hechos como las crasas diferencias de poder o la opresión —expresiones de la contradicción social— no sean comprobables. De acuerdo con el carácter contradictorio de la realidad, la ciencia, como elemento integrante de aquella, debe ser algo más que mera duplicación de su objeto.

El concepto de verdad exige tensión entre pensamiento y realidad. La idea positivista de una «verdad científica» entra en contradicción con la propia estructura de la realidad. El positivismo guarda una relación positiva, afirmativa,

²⁴ H. ARENDT, *op. cit.*, pág. 54.

con lo que existe; se acepta al ser como debe ser, olvidando la transformación de la realidad. La ciencia ha de ser negación, crítica, de la realidad. De lo contrario, ¿qué impulsa a negar la injusticia de la que la realidad social es escenario?

La ciencia ha de ser también algo más que conocimiento técnico, pues convertir a la ciencia instrumental en criterio de verdad es la tesis iluminista por excelencia. El concepto de verdad no puede ser reducido al papel de mera herramienta, ni quedar postergado por una pretendida objetividad libre de prejuicios. Esa razón-instrumento se concibe a sí misma como la función formal del mecanismo del pensar, siguiendo las leyes de la lógica formal. Con ello, lo razonable se distingue y caracteriza por su utilidad. Utilidad para el sujeto que, al prescindir de lo objetivamente razonable, hace de la lógica formal el instrumento de la razón subjetiva. Una razón subjetiva que se limita a elegir el medio más «razonable», adecuado, para alcanzar un fin de cuya razonabilidad se prescinde (cuanto menos en tanto que razonabilidad objetiva).

¿Acaso el proceso desmitificador que lleva consigo la ciencia instrumental implica también la consideración de lo racional-objetivo como un mito superado? ¿O más bien se trata de que la propia ciencia instrumental, a la vez que es desmitificación, implica la conversión de la ciencia en mito? La Ciencia como camino garantizado para la redención recae en la mitología y su método hipostasiado se convierte en el ritual de la nueva magia. Mediante la ciencia y sus métodos se disuelven mitos pasados y se avanza en el camino de la libertad, pero la ciencia instrumental se convierte en mito al paralizarse ante el concepto de verdad. El significado queda desplazado por el utilitarismo instrumental del *homo faber*. El proceso de conocimiento positivista excluye lo no verificable, creyendo así liberarse del terror provocado por lo desconocido. Y esto no es más que la manifestación de la angustia mítica.